

684762

ALFREDO GOMEZ MOREL, O NO NIEGUES LA PRISION NI LA MISERIA

Por HECTOR TOLOSA FIERRO

Si con "La casa de los muertos", Dostoyevski dio una idea exacta del sistema de los presidios siberianos, impresionando notablemente a sus contemporáneos y a quienes en todas las épocas le han leído, nos parece que Gómez Morel con su novela "EL RIO" (Santiago, Arancibia Hermanos, 1963. 2ª ed.; 353 p.), extraordinario y vívido yo acuso, golpea, igualmente, nuestra conciencia, logrando que lleguemos a pensar hasta qué punto nuestra sociedad — como organización y como criterio que se aplica a los transgresores de la ley — sea imperfecta.

Notable caso el de este autor. Avesado delincuente internacional, 34 de sus actuales 47 años los vivió entre el delito y la cárcel. Doscientas ochenta y ocho detenciones a su haber, repartidas entre nuestro país y en el de otros dieciséis de América. Ninguna gama del delito le fue ajena, salvo el homicidio. Traficó en drogas y fue ladrón nocturno ("La más peligrosa de todas las actividades... Hay muy pocos. En Chile no más de veinte. Me costó un riñón y varias lesiones..."). Además, matón contratado por Perú para sus siniestros fines políticos, así como guerrillero en Venezuela y Cuba. Estando en la Penitenciaría Central de Colombia, el Ministro de Justicia Parmento Cárdenas, le entregó, personalmente, un premio por su poema "Canto al café". Le dijo: "¿Por qué no intentas hacer algo útil por una vez, como experimento? Si te resulta, bien. Y si no, sigues siendo el sinvergüenza que eres". Luego, le ofreció su protección inscribiéndole en los cursos nocturnos de Derecho de la Universidad Jaraviana de Colombia. Un año estuvo estudiando. Precisamente hasta que cierto profesor le encargara un trabajo sobre la diferencia entre la comunicabilidad e incomunicabilidad del dolor. Recuerda: "Mi experiencia práctica en la materia abonó el terreno a una exposición bastante buena y completa. El profesor me llamó adelante y me señaló como ejemplo positivo. Sus elogios fueron interrumpidos por un alumno: "Si no lo hace bien ese sobre esta materia, ¿quién entonces?" —preguntó—. Todos rieron. Dos días después me fugué de la cárcel. Había tomado la segunda alternativa. Volví a ser el sinvergüenza. Lo otro no me resultó. ("Las aguas bajan turbias". Entrevista por Erica Vexler. Santiago, rev. Ercilla, Nº 1460, 17-X-62; pp. 6-7).

Lo que precede, son algunos rasgos de su pasado. La cronología biográfica nos lo da la novela. Abandonado en la puerta de un conventillo, recogido por una bondadosa dama, reclamada por una mujer que dijo ser su madre ("Vio en mí al que la dejó vapuleada y sa-

ducida como un trapo sucio y mal oliente... En mí cobró venganza contra el medio. Desde niña le enseñaron a recibir golpes. Ahora era ella quien los daba"), enfrentado a los once años de edad a su padre —hijo de un senador—, se arrancó al Mapocho, orientándose, decisivamente, hacia la senda delictual. Erotismo, flagelaciones polliciales, vicios, homosexualismo, leyes del hampa, desfilan en crudas y sórdidas descripciones que nos presentan un universo descarnado, horrible, que impresiona por el agresivo verismo y sinceridad. La inmersión en la coprolálica ciénaga es repelente. Pero su lodo es auténtico y real, motivando en él lector un sentimiento de culpabilidad por la responsabilidad que en ello esencialmente, le incumbe.

A la fecha, GÓMEZ MOREL, desempeñándose como periodista, se encuentra en una etapa de readaptación social. En sus artículos, impregnados de humanidad, no teme, valientemente, mostrar su purulencia delictual ("Sigo sintiendo deseos de delinquir. No estoy regenerado. No busco redimirme porque haya fracasado como delincuente. Triunfé y fui rey del hampa continental, pero fracasé como hombre, como ser humano"), con un afán moralizador. A este respecto, un escritor le pregunta: ¿Es absolutamente indispensable que muestre sus debilidades a quienes le leen y admiran? Y contesta, "... le digo que no es indispensable... Es necesario. ¿La razón? Hay en América cuatrocientos mil hombres que están como yo estuve un día: hundido, desesperanzado, metido en la ciénaga asquerosa del desprecio social. Son los habitantes de las tres mil quinientas grandes cárceles que hay en el continente. Y afuera de esas cárceles hay cientos de miles de seres que están a punto de hundirse en aquel abismo del cual yo salí. Resulta... que si yo hablo con absoluta claridad sobre lo que me ocurrió... y aún me ocurre—, si nuestros las fases por las cuales necesariamente debe pasar un proceso de reestructuración, si no me muestro como el individuo óptimo y regio que muchos creen que soy, si ocultara mi lucha, aquellos seres que están por caer —o los que ya cayeron— pensarán que no tienen salida, que sus vidas ya no tienen salvación". ("No soy símbolo". Art. antologado por Próspero en "Antología de Redactores Nacionales". Santiago, del Pacífico, 1963: pp. 123-4).

No es exhibicionismo, cuando el martirologio. Sólo recordarnos, con un sentido fatalista y trágico, que cualquier hombre puede llegar a ser reo o pordiosero, pues todo depende de cómo corra su vida, de la casualidad, más que de su propia voluntad.

H. T. F.